

## NOTAS

Discretísimo es para reprender y para humillar este santo Abuelo: nadie como él sabe mezclar la amargura de la humillación con la dulzura del cariño, para hacer la medicina deseable y provechosa á un mismo tiempo. Bien dice el Beato Diego, que el Señor se lo dió para que fuera su guía, su sostén, su amparo y el aliento de su alma. Dichosos los que consiguen en la tierra un Padre como este!

Cuando esta carta llegó á Málaga, el Beato Diego se hallaba en Ronda, donde pasó del 2 al 20 de Septiembre con el P. Fernández, que estaba enfermo; y al volver á Málaga, escribió al P. González, notificándole la enfermedad del Padre Fernández, y anunciándole su regreso á Sevilla para continuar las Misiones por este Arzobispado.

†

J. M. y J.

Málaga 27 de Setiembre de 1778.

Amado y venerado Abuelo y Padre mío en el Señor: él nos dé su gracia para que le sirvamos. Molesto á usted con esta para decirle como mi P. Fernández se halla bien atrasado en su salud, porque todo es caer y levantar: lleva ya tres ó cuatro recaídas en sus tercianas, que le tienen debilitadas las fuerzas, y sin lograr alivio, no obstante las varias porciones de quina que ha tomado. Yo he estado en Ronda desde el día 2 hasta el 20 de este, y aunque en aquellos días se levantó de la cama, y aun salió á dar algún paseo, recayó muy en breve, y cuando me vine quedaba en la enfermería: me encargó avisase á usted de esto, para que lo encomendase á Dios, etc.

Yo estoy esperando la orden de mi Padre Provincial para volver á esa Ciudad á continuar la Misión, no sé cuando se efectuará mi viaje, pues la señorita de Morón que, como usted sabe, había de entrar aquí Religiosa, aun no ha venido, y creo es la causa estar enferma la señora su cuñada, aunque también el enemigo la ha tomado entre manos con unas fuertes tentaciones de repugnancia al nuevo estado, que la tiene bien fatigada y aun caída de ánimo, con falta de resolución; yo ya le he escrito venga cuanto antes: usted no la olvide en sus oraciones, porque desatendiendo el Señor á mis culpas (que juzgo son la causa de su tribulación,) no la deje caer en esta tentación.

De los asuntos de la señora Marquesa ya sabrá usted no se ha podido conseguir cosa alguna: no sé qué querrá el Señor de esta criatura: yo la tengo sobre mi corazón, porque deseo su mayor bien, y solo me consuela el que usted está á la vista, y lo principal, que Dios lo ve todo, y no se duerme.

De mis cosas, Padre mío, solo digo á usted que voy peor cada día y que no sé hasta dónde ha de llegar este destrozo interior, y este pecar; solo la paciencia de Dios puede sufrirme: ahora de resultas de haber leído, estando en Ronda la vida del V. P. Diego Pérez, he quedado afecto al ejercicio de las jaculatorias para tener á Dios presente, mas es como todas mis cosas, desear y no hacer, prometer y no cumplir: Dios tenga misericordia de mí, aquella grande que David pedía.

Me alegraré se halle usted aliviado ya en sus padeceres, y que tenga salud para seguir sus tareas, á las que no quiero añadir la de que me responda, pues ya ve usted no pide respuesta, sí sólo el que usted no me excluya del número de sus encomendados. Yo sigo sin especial novedad, bendito Dios, aunque la cabeza no acaba de fortalecerse: mis oraciones y cortas facultades son de usted y así puede disponer de ellas como guste. Nuestro Señor guarde á usted muchos años en su santo amor y gracia como se lo pide este su afectísimo Nieto é indigno hijo q. s. p. b.

*Fr. Diego F. de Cádiz.*

## NOTAS

Preocupa lo el Beato Diego con la enfermedad del Padre Fernández, con su regreso á Sevilla, y con las mil cosas que tenía aun que hacer en Málaga, escribe la presente sin tiempo para dar contestación cumplida á la anterior de su Director, á la cual responde más largamente en esta otra que sigue.

†

J. M. y J.

Málaga 6 de Octubre de 1778.

Amadísimo y veneradísimo Padre de mi alma, en el divinísimo Jesús: Este nos dé su gracia, para que le sirvamos

Recibí la de usted, con el afecto y aprecio que siempre, pues, Padre mío, no sé que es esto, que solo se mueve este muerto ó insensible interior con las expresiones de usted, pareciendo ellas el único móvil de sus sentimientos.

No he respondido á usted sobre lo de las Misiones, hasta saber lo cierto. Lo es que, no habiendo novedad, saldré de aquí el día 13 para Ecija y Fuentes, para hacer la Misión, mientras el Sr. Ilmo. Auxiliar haga su visita, la que concluida ignoro cual será el rumbo que siga; si bajaré á Jerez y los Puertos, ó me volveré á Granada.

Para esta Misión de Ecija no puedo, Padre mío, decir á usted fácilmente cuanto es el desgano, desaliento y caimiento de ánimo con que me hallo. Puede que sea de alguna falta de fuerzas que en mí reconozco, tal vez originada del trabajo de esta novena, que ha sido alguno; mas me persuado será motivado más bien de mi amor propio y falta de fé para el fruto deseado, que miro dificultoso en los ánimos de aquellas gentes, muy enconados en sus discordias. El Señor haga lo que más le agrade, porque yo haré lo que usted me dijere.

Hablé al Médico sobre los ayunos, y me mandan comer carnes en Viernes y Vigilias, y así lo sigo, aunque guardando esos días la forma del ayuno, con la aprobación y dictamen del Prelado que así le ha parecido conveniente.

El interior se halla de modo, que le viene á propósito aquello de *Anima mea, Domine, sicut terra sine aqua tibi*. Tal es su dureza, tal su aridez, tal su esterilidad de frutos, y tal lo agostado ó seco de sus obras todas. Solo las espinas de sus pasiones están frescas y vigorosas. Bien que la caridad ó amor á los projimos no deja de conmovier toda el alma, cuando ocurre alguna cosa, aunque solo sea en el pensamiento: mas se queda en movimientos, sin que su fuerza que es mucha deje más lugar que á los intensos y vivos deseos de carecer de la vista de Dios hasta el día del juicio, dar la vida ó servir de puerta al Infierno, porque ellos se convirtiesen y ninguno entrase más en aquellas penas.

Pero, oh Padre de mi alma! que mal se compadecen estos afectos con mis obras y con el abandono de mi propio adelantamiento! Qué distante me veo de Dios! Qué lejos de agradarle! Qué re-

moto del camino de la perfección! Qué lleno de miserias! Qué desnudo de cuanto debo tener, según lo que usted me enseña y manda! Confieso á usted, amadísimo Padre de mi corazón, que temo sepa usted el estado de mi interior, porque juzgo me arrojaría de sí y me cerraría la puerta, aun á la esperanza de merecer su celestial doctrina. Ah! este sería el último y mayor de mis males! Por amor de Dios no se cansé usted, ni se desconsuele de ver mi desaprovechamiento y atraso. Crea usted deseo eficazmente obedecerle en todo, pues en solo ello fundo la seguridad de mis aciertos y de mi bien todo.

Del Padre Fernández sé que se puso perfectamente bueno, y que ahora últimamente le dió una destemplanza, que atribuía á una poca de agua fría que había bebido. La enferma por quien vine es su Biznieta ó Nieta de usted, que sigue muy accidentada y fatigosa en todo. Dá á usted infinitas expresiones y dice no puede olvidarlo; pero que teme la tenga usted abandonada.

Yo me alegraré logre usted la mejor salud, y siento que esas criaturas, por causa mia lo molesten: el Señor dé á usted fuerzas, como se lo pido; y á las Sras. Marquesas del Casal á quienes tampoco olvido.

Mi alma, corazón y todo yo soy de usted, Padre mío; y puede mandarme lo que quiera, seguro de mi voluntad, con que pido á Dios guarde su vida muchos años en su santo amor y gracia. De usted su más afcto. é indigno hijo, Q. S. P. B.

Fr. Diego J. de Cádiz.

## NOTAS

Otra vez encontramos aquí al *hombre* y al *santo* todo junto en una pieza. «No puedo decir cuanto es el desgaño, desaliento y caimiento de ánimo con que me hallo... Me mandan los médicos comer carne los viernes y vigili-  
as, y así lo hago.. El interior duro, árido y seco: solo las pasiones están frescas y vigorosas, etc » *Ecce homo!* este es el hombre: veamos ahora al santo. «La caridad ó amor á los prójimos no deja de conmover toda el alma, cuando ocurre alguna cosa, aunque solo sea en el pensamiento: mas se queda en movimientos, sin que su fuerza que es mucha deje más lugar que á los intensos y vivos deseos de carecer de la vista de Dios hasta el día del juicio, dar la vida, ó servir de puerta al Infierno, porque ellos se convirtiesen y ninguno entrase más en aquellas penas. Qué incendio de caridad abrasaba el corazón del Beato Diego! Dijo ningún santo cosa igual? Deseó alguno cosa mayor? Oh corazón verdaderamente grandel verdaderamente humilde! y verdaderamente abrasado en el fuego de la caridad! Ruega por nosotros para que seamos como tú, humildes de corazón, y celosos de la salvación de las almas.

A la semana de escrita esta carta salió para Ecija nuestro Beato Diego, y allí recibió la contestación de su santo Director que es tan maravillosa, como verá quien la lea.

†

J. M. J.

Sevilla 21 de Octubre 1778.

*Mi muy amado hijo en Jesucristo. Este divino Señor nos llene de su amor y de gracia, para á gloria suya ser sus idóneos ministros. Sin ella ¿qué serás? y con ella ¿qué no podrás? Tú, siempre tül. Sin embargo de la continua, copiosa, y tantas veces experimentada divina bondad, con que se sirve el Señor dar en tí y por tí poderosa virtud á su palabra, siempre que te envía á anunciarla te sobrecoges, te turbas, y dudas de sus efectos. Si, sí! Debes hacerlo así; porque ¿quién eres? ¿Qué ciencia es la tuya? ¿Qué virtud? ¿Qué espíritu? ¿Pero necesita Dios de tu miseria, de tu ciencia, de tu virtud, de tu espíritu, para dar cumplimiento á sus designios? Por lo mismo que eres el que eres, resalta más en tí lo que Dios es, y lo que, usando de tu ruindad puede: y aunque no fuera más que por que el gran Dios fuese glorificado, debías embestir con denuedo fuerte y generoso, á cuanto árduo te oponga la discordia radicada, y poderosa de ese pueblo, á donde no vas, si no te envían. ¿Qué importa que ande toda la ciudad abrasada de los odios y viciosas parcialidades, y que los poderosos del mundo las fomenten y las quieran conservar? ¿Podrán acaso más de lo que podrá, (si es el Señor servido de darte su Espíritu,) su virtuosísima palabra? Sabes que te envía; crees que todo lo puedes, si te conforta; pues, ¿en qué se funda, ruinísimo corazón, tu disgusto de ir?*

*Supongo que ya estarás ahí, y por lo mismo te dirijo esta. para que luego, luego que la leas, si pudiere*

ser, te deshagas y abismes en el profundo de lo que es menos que la nada, que son tus miserias; y desde él te arrojes confiadísimo en el amable seno de la Providencia de Padre Dios que te ha llevado. Déjate confiadísimo conducir de ella en todo, todo, cuanto en el ministerio ocurra. Ecce... paratus sum et non sum turbatus... Domine, quid me vis facere? y otros iguales sentimientos de un corazón filial dejado todo en las manos del Padre, hacen y deben hacer el fondo de tus misiones, sin dar lugar á las disimuladas reflexiones con que el propio amor á la honra, á dar gusto, á que no digas disparates, se quiere insinuar para turbarte, etc. No, no! Fr. Diego mío! ya in nomine tuo laxabo retes! Tibi honor, tibi gloria! etc., y á carga cerrada, sin discreción, acomete á todo el infierno, cuanto más á un pueblo de católicos. Nada temas! haces la causa de Dios; sales armado de su santo Nombre á la palestra, y más puedes de lo que piensas. Caerán á tus piés, para que sean trofeos de los del Crucificado, los Goliales más soberbios: rendirás los más obtinados en el odio: y si por su desgracia no merecieran este bien, debilitarás al menos el partido de los rencorosos; y nunca se te hará cargo, si tú olvidado de ti, y todo dejado á Dios, obras varonilmente, y alientas tu fé, fortaleces tu esperanza, y todo lo ordenas al amor de los prógimos que se te encargan. Hazlo así, y para que lo hagas con más acierto, te lo mando en el nombre de Jesucristo, como ministro suyo.

Quiere Dios, y yo, porque Dios lo quiere, quiero que te trates con alguna delicadeza en sueño y comida; y si no absoluta privación, discretamente moderado uso de externas mortificaciones, porque no vives para tí, sino para el Ministerio. Las tareas de éste, las solicitudes, los cuidados, los pesares, las molestias, las congojas, que son consecrarios suyos, ¿mortifican poco? Pues esto

ahora, y de lo otro poco. Seamos caritativos con nosotros, que así se observa el orden de la caridad santa.

Si ésta nos ejercita á soportar las inconstancias y miserias ajenas, ¿por qué no las propias? ¿No te sufre Dios? ¿No te tolera? ¿No te espera? ¿No te avisa? ¿No te inspira esos deseos de no ser ingrato? Pues clama, insta, porfia, aliéntate y espera; que cuando convenga, y estés bien cimentado en humildad, te dará su piadosa mano, te sacará de tí y te unirá á sí. No quieras ser lo que eres, y selo mientras Dios quisiere. Nada te digo de mí, porque ni aun me entiendo. Solo digo que quiero quisieras el bien de mi alma, como yo quiero el de la tuya; que ruegues al Señor no nos confunda en nuestros respectivos Ministerios; que nos dé luz, y gracia, para su desempeño, y nos haga humildes de corazón.

Y desde ahora para siempre te prevengo, que me ofendes mucho, si alguna vez piensas que te he de abandonar, porque seas el que dices. Ah! hijo mío! Si yo te viera en la mayor perdición, cuanta fuera mi ansia por darte, no la mano, sino mi corazón, mi alma, y mil que tuviera! ¿Qué es eso de dejarte yo? Ni me conoces; ni me estimas. ¿Me dejarás tú, si yo necesitase de tí? creo que no; y créeme tú, que nada más deseo, que servirte, cuidarte, y ser en Jesucristo inseparable de tí: y en prueba te mando, que ahora y siempre no dejes pasar dos meses, sin darme cuenta, de tus tareas, frutos, estado, y sentimientos de tu interior.

Sé por la M. Beatriz, que el P. Fernández tiene alivio: ninguno esta enfermita de Casal: no la olvidas. Mucho la quiere Dios. He comenzado mi tarea de clase. Adiós, hijo mío; adiós! y que te haga como te desea tu afectísimo Padre,

Fr. Francisco Javier Gonzalez.

## NOTAS

En ocasiones me parecen las cartas de este hombre singular una especie de lluvia celestial que caía sobre el alma del Beato refrijerándola, humillándola, fortaleciéndola, alumbrándola, y descubriéndole con claridad los sombríos y misteriosos arcanos de lo futuro. Este santo varón estaba sin duda lleno de luz profética para ver el camino de fray Diego de Cádiz, y predecirle los frutos de su apostolado, pues como un profeta verdadero le asegura singularísimos triunfos en Ecija con estas palabras: «Puedes más de lo que piensas! Caerán á tus piés, para que sean trofeos de los del Crucificado, los goliales más soberbios: rendirás los más obstinados en el odio: etc.» todo lo cual sucedió al pié de la letra, como veremos adelante. Si esto no es tener espíritu profético, no he visto en la tierra cosa más parecida.

De tal modo cautiva mi corazón este y los demás dones del santo Director, que me dejan suspenso y sin saber que anotar en cartas tan notabilísimas. Los efectos que esta causó en el corazón del Apóstol gaditano, nos lo dirá él mismo, refiriendo las alternativas de su predicación en la que sigue.

†

J. M. y J.

Ecija 14 de Noviembre de 1778.

Amadísimo y siempre venerado Padre de mi alma en el Señor; Este nos dé su gracia para que le sirvamos.

Recibí el nuevo vigor y espíritu de mi alma (perdóneme usted, que no sé explicarme de otro modo) con la deseada de usted de 21 del pasado, que en la mayor parte desvaneció mis desconfianzas y temores en orden al fruto de mis tareas en esta Ciudad. ¿Cómo, amado Padre mío, no he de temer? ¿Puedo yo olvidar el que soy? ¿No lo conoce usted mejor que yo? ¿No es fundado mi miedo? ¿Tengo de mío otra cosa que motivos para retardar, cuando no impedir, la obra de Dios? ¿Es mío lo que se digna hacer por este vilísimo instrumento? ¿Está obligado á hacerlo siempre? ¿No ve el que soy y lo nada que para sus designios me proporciono? No puedo dejar de temer y sobrecogerme siempre que me envía á algún Pueblo; porque no puedo persuadirme haya en mí lo que desea y quiere para sus altos fines.

Es verdad, que no obstante esto ha hecho Dios lo que ha hecho; pero si no ha logrado lo principal que es mi enmienda y reforma, ¿no sobra esto para temer, como lo temo, que me quite lo que graciosamente me dá y me deje á mi mal consejo? Oh Padre mío! qué justos son mis temores! Mas ellos no turban ni ofuzcan el interior, lo aflijen y desconsuelan no poco; y solo me hacen recelar algu-

na vez, si tendrá en ellos alguna ó grande parte el métome en todo de mi amor propio. No lo quisiera, siento el que pueda ser, porque en mis obras todas solo apetece el alma sean al gusto de Dios y utilidad de mis prójimos, y nada más.

Por el amor á estos he deseado nuevamente y aun pedido el vivir hasta el día del juicio, para trabajar en beneficio suyo, sin otro estipendio que el de lograr su bien, y el de engrandecer á Dios: y también que me deje poner en la puerta del Infierno para impedir á todos la entrada. Por el mismo fin quisiera me concediese el Señor el dón de obrar milagros, y esto es cosa que siempre me trae no sé como. Ate usted esto con mis obras. Qué inconsecuencia!

Vamos á la Misión. Principió ésta la mañana del día de todos los Santos, con el sermón de memoria del terremoto, presente el Ilmo. El no haber predicado jamás de esto, y el ver que nada se me ocurría, aunque lo buscaba, me tenía como usted puede pensar de mi ruín corazón. Llegó aquella mañana, dije la Misa por el Pueblo, mas sin asunto. Clamaba á Dios, representándole su obra y esforzándola con sus expresiones de usted. Qué confusión! Póngome á pensar, dando unos paseos por el cuarto, y en el preciso tiempo de menos de una hora antes de ir á la Iglesia se ocurrieron especies que me admiraron y asombraron. Bendita tal bondad!

Volví de la Iglesia, y estándome quitando el Santo Cristo, se me ocurrió en el pensamiento. *¿No me das las gracias? ¿No lo he hecho bien?* Púseme de rodillas y dí brevemente al Señor las gracias. Estas ocurrencias no salen de la esfera de un natural recuerdo: nada oigo, ni entiendo sobrena-

tural; mas con la experiencia, y más por las instrucciones de usted, creo firmemente es Dios el que lo dice, y así lo recibo y agradezco.

La tarde siguiente, Lunes, se hizo la publicación por las calles, llevando el Señor Auxiliar el Santo Cristo, y yo exhortando por las calles con algún vigor y oportunos no estudiados pasajes de la divina Escritura, con que movido el Pueblo tuvimos un crecido y respetable concurso. Ha seguido y sigue esta tarea tres días en semana en la Párrroquia de Santiago, presidiendo el Ilmo: los intermedios me voy á los cabos de barrios, donde en las grandes Iglesias de sus Conventos predico á los que concurren: hoy le toca á su Convento de usted, y el Domingo pasado fué el de los R. R. P. P. Dominicos, y mañana en los P. P. mercedarios calzados. Al Clero se tendrán tres días, y á la Ciudad uno, porque parece lo quieren reservadamente.

Pero, Padre de mi corazón, ¿Cómo dire á usted mi profundo, bien que no inquieto desconsuelo, al ver la ninguna ó levísima moción del Pueblo? Catorce días cuento hoy, y aun no he notado fruto alguno, ni en el asunto de las discordias ni en otro alguno. ¿Lo creerá usted? Pues así es. ¿No es visible el castigo de mis culpas? Mas le digo á mi Dios no me castigue con males ajenos, sí con trabajos propios. Le pido, le clamo, bien que siempre tibiamente; mas nada adelante. Los concursos por lo común menos que medianos, y todo así.

El Confesionario se lo llevan las personas devotas, pues nada, nada viene especial. Predico no sé como; duro, fuerte, despegado y obscuro. Ni sé, ni me parece puedo otra cosa.

Si esto sigue así, y Dios no hace de las suyas, yo me iré, dejando el Pueblo en peor estado, que

lo hallé. He pensado hacer algunas mortificaciones de dos ó tres disciplinas al día, más tiempo de cilicio, rigor en ayuno, etc., mas sin su orden de usted, no lo ejecuto. Uso los cilicios el rato de púlpito y confesionario, y el ayuno, comiendo carne; ahora me siento sin endebles ni quebranto alguno, bendito Dios!

Con esta desazón estaba una noche recogido ó acostado, y ella me desveló de modo que fué muy poco lo que en toda ella pude dormir. En una de las ocasiones que desperté, aun embelesado se me ocurrió á la memoria este verso de un salmo: *Domini dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum*. Sólo fue una natural ocurrencia, mas no pudo mi interior dejar de conocer era de Dios, y así agradecerla, y moverse á la esperanza, amor, resignación, etc. Si lo es, el tiempo lo dirá: solo añado que siendo mucho lo que hay digno de remedio, si Dios no hace una que sea sonada, nada conseguiremos. Cúmplase su santísima voluntad. La de usted es la mía, pues sin ella nada soy. Agradezco la caridad de usted, ya que no puedo decir más. Pida usted por mí á Dios, que yo le ruego me guarde á mi Padre muchos años en su santo amor y gracia.

De usted su más indigno Hijo Q. S. P. B.

Fr. Diego J. de Cádiz.



## NOTAS

Otra vez nos descubre este gran Misionero el incendio de su corazón, deseando que Dios le ponga de puerta en el infierno para impedir á los pecadores la entrada en él.

Luego en su humildad trata de quitarle el carácter sobrenatural, á la espresión que le habló el Crucifijo diciéndole: *No me das las gracias? No lo he hecho bien?* palabras que indudablemente fueron dichas al entendimiento del Beato Diego por el mismo Cristo, ó por su ángel custodio, según reconoce el Director en la suya; á pesar de lo cual, el tímido corazón de Fr. Diego sigue creyendo que *si Dios no hace una que sea sonada, nada conseguiremos*.

Mas el P. González lleno del espíritu de profecías, le asegura de nuevo el fruto, y le reprende amorosa y enérgicamente sus temores en la forma siguiente: